

EL DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

MIGUEL ÁNGEL ARRIBAS
Seminario Conciliar
Madrid

I. INTRODUCCIÓN: LA EXPERIENCIA PERSONAL DE FORMADOR

La misión eclesial de ser formador de un seminario diocesano exige un permanente ejercicio de discernimiento. Ejercicio que empieza en la acogida a los distintos jóvenes y adultos que piden entrar en el curso introductorio y que concluye en la presentación del seminarista al Sr. Obispo para las órdenes sagradas.

Este ejercicio constante del discernimiento no es sólo de cara al proceso de cada seminarista, sino que revierte en la clarificación e iluminación del ministerio del propio formador. Los vocacionados son un espejo nítido donde uno debe mirarse para constatar cómo está viviendo su ministerio en las distintas facetas del mismo.

Los seminaristas son un espejo donde mirarse, en un doble sentido:

a) porque bastantes de ellos están viviendo el proceso de formación con intensidad, entusiasmo, generosidad, alegría y con un deseo de vivir en plenitud su futuro ministerio; esto es siempre reto y acicate para el formador;

b) porque algunos otros flojean y arrastran una educación previa poco exigente y disciplinada: esto supone una preocupación constante y una filigrana educativa para animar y alentar, corregir y fortalecer esa situación humana y espiritual anterior a su llegada al seminario.

El ejercicio del discernimiento, lógicamente, es muy distinto para el muchacho recién llegado que para el seminarista a punto de ser ordenado. Para el primero hemos de mirar los indicios fundados de vocación al sacerdocio; para el segundo hemos de contemplar todo el proceso formati-

vo de sus años y cómo ha ido asumiendo su futuro "ser sacerdote" y su responsabilidad en el ejercicio de la tarea pastoral, desde la integración unitaria de las distintas dimensiones de la formación.

Los distintos documentos que la Iglesia ha ido elaborando de cara a la formación de los futuros sacerdotes, y sobre el mismo ser del sacerdocio, son elementos esenciales y objetivos para ese ejercicio del discernimiento. Son una ayuda imprescindible para todo formador de seminario, un lugar donde contrastar diariamente cómo está siendo ese proceso formativo de cada seminarista.

Los decretos *Optatum totius y Presbyterorum ordinis* del Concilio Vaticano II, la exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, de Juan Pablo II, y el plan de formación sacerdotal para los seminarios mayores (*La formación para el ministerio presbiteral*) de la Conferencia Episcopal Española, son los instrumentos imprescindibles en esta bella y gozosa tarea de formar los futuros presbíteros de la Iglesia diocesana.

Está claro que previo a este discernimiento del equipo de formadores se ha dado y se va dando el discernimiento de cada seminarista en su constante deseo de percibir cuál es la voluntad de Dios sobre su vida. Desde la escucha de la Palabra de Dios, sus tiempos largos de oración personal y comunitaria, el acompañamiento espiritual, la participación diaria en la eucaristía y frecuente en el sacramento de la penitencia, la tarea pastoral de los fines de semana, el contraste de su vocación con otros sacerdotes, el diálogo con el formador o el rector, el seminarista —si está abierto a la acción del Espíritu— va teniendo numerosas mediaciones donde discernir su propia vocación.

II. EL DISCERNIMIENTO ANTE LOS RETOS EDUCATIVOS ACTUALES

Los jóvenes de hoy son hijos de su tiempo. La cultura actual —llamada de la postmodernidad—, con sus luces y sombras, sus logros y sus carencias, su posibilidades y contracciones, influye poderosamente en las personas llamadas al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada.

En el trabajo pastoral con grupos juveniles ya se constata este mundo interior y exterior lleno de contrastes. El crecimiento humano y cristiano de los niños y jóvenes de nuestras comunidades parroquiales y grupos apostólicos está repleto de estímulos y obstáculos.

Los rasgos más destacados de la cultura juvenil actual serían:

1. *Una personalidad frágil*

Comunidades cristianas, instituciones religiosas, la escuela y la universidad, y, sobre todo, la familia, han contribuido a la formación de esta personalidad "débil" en niños y jóvenes.

La familia ha perdido ese carácter de institución sólida, firme y unida donde todo ser humano recibe el "alimento educacional" fundante que consolida la personalidad del niño, desde la identificación con sus padres y desde el amor entrañable que de ellos recibe. Se dice que estamos ante unos padres que son la última generación de hijos que obedecieron a sus padres siempre y que ahora son los primeros padres que obedecen a sus hijos. Con lo cual estamos ante adolescentes que han recibido todo tipo de protección social y bienestar físico y placentero, casi como reyes de la casa, a quienes les ha costado muy poco poseer cuanto tienen. Por añadidura, en buen número de familias trabajan ambos padres, pasan pocas horas con sus hijos y quieren compensar su desatención a base de juguetes, caprichos, regalos y todo tipo de bienes de consumo.

Otro dato familiar es el reducido número de hijos por familia. El niño va creciendo como dueño de la casa, sin el aprendizaje de compartir los juguetes y los juegos, sin la responsabilidad de las sencillas tareas domésticas, sin momentos de comunicar lo íntimo o los nuevos descubrimientos con sus hermanos, sin la capacidad de renuncia a los gustos más inmediatos.

La escuela ha perdido su carácter de institución que educa en valores y enseña a ser persona, desde el campo experimental y sapiencial. Se privilegia el aspecto didáctico, técnico-científico y profesional. Bajo el manto de la tolerancia y el respeto al otro se ha filtrado la inexistencia de unos criterios éticos, una acentuación de la individualidad y un subjetivismo galopante.

2. *La cultura del "subjetivismo"*

En una cultura fuertemente "subjetivista", donde prima el hedonismo y donde el criterio último es el "siento, luego existo", la persona considera como medida definitiva de su moral el puro sentir.

"Se vive en una cultura de respuestas, no tanto a preguntas profundas cuanto a necesidades hechas al parecer artificialmente, las que, una vez

satisfechas, hacen que las cuestiones más importantes resulten todavía más difíciles" ¹.

En este ambiente resulta "débil" la pregunta sobre el futuro, el sentido de la vida, las propuestas radicales, la entrega para siempre. Puede más lo inmediato: el aparentar, el tener una buena imagen, el éxito fácil, el lucimiento del cuerpo, las cualidades intelectuales, los logros artísticos, las hazañas deportivas, la afirmación de sí mismo. La existencia se plantea en las antípodas de la vida como don, como entrega. Se construye sobre arena.

3. *La sociedad de consumo*

"Los jóvenes sienten más que nunca el atractivo de la llamada 'sociedad de consumo', que los hace dependientes y prisioneros de la interpretación individualista, materialista y hedonista de la existencia humana. El 'bienestar' materialísticamente entendido tiende a imponerse como único ideal de vida, un bienestar que hay que lograr a cualquier condición y precio" (PDV 8).

En esta cultura del "tener", que suplanta el valor del "ser persona", a los jóvenes les cuesta lo que suena a sacrificio, renuncia, exigencia, austeridad, sencillez de vida. El "dios tener" alcanza no sólo la posesión de las cosas, sino también la instrumentalización egoísta del otro.

4. *Otros problemas actuales*

La mirada subjetivista de la libertad, la personalidad fragmentada, el criterio moral decisivo del "me gusta y me apetece", la tergiversación del verdadero significado de la sexualidad, el vacío existencial, la falta de preguntas sobre la propia existencia, la primacía de lo sensitivo ("siento, luego existo"), la mediocridad en los planteamientos sobre el estado de vida (soltero, pareja o matrimonio), la "dictadura" de lo pragmático y lo rentable en el mundo laboral, la precariedad del trabajo, la búsqueda religiosa al margen de cualquier institución, Iglesia o comunidad, son otros de los problemas graves que padecen, soportan o generan los jóvenes.

¹ *Pastoral de las vocaciones en Europa*, n. 31.

5. *Una juventud llena de valores*

En esta contemplación del discernimiento hemos de mirar todo lo positivo que la sociedad contemporánea está aportando a la persona. Hay un riesgo grave de agigantar lo negativo. Las noticias de los medios de comunicación, tan cargadas de tintes dramáticos, resaltando sólo los episodios trágicos de nuestro tiempo, nos desfiguran la realidad, nos empujan a quedarnos con lo más egoísta del ser humano. Esa misma inclinación la aplicamos a los jóvenes.

Por eso, junto a los rasgos arriba mencionados, destaquemos también tantos aspectos positivos de la juventud, base humana para casi todos y percepción evangélica de la realidad para quienes se consideran cristianos: crecimiento numeroso y plural del voluntariado, defensa de los derechos humanos, valor de la dignidad humana, defensa de la vida en sus múltiples formas, lucha en favor de los más desfavorecidos, sensibilidad hacia los problemas del Tercer Mundo, apoyo al ecologismo y amor a la naturaleza, sentido de la solidaridad entre todos los pueblos, rechazo a la guerra y a la violencia, condena de la pena de muerte, participación en movimientos feministas y pacifistas, apuesta por el respeto mutuo, la tolerancia, la igualdad de todos los seres humanos, sed de libertad, autenticidad y transparencia, búsqueda de valores que den plenitud al ser humano, preguntas hondas sobre el sufrimiento y la muerte, necesidad de vida espiritual...

6. *Necesidad de discernimiento en esta cultura*

En este ambiente complejo y contradictorio están creciendo nuestros jóvenes españoles, creyentes o no. El papel de los padres cristianos, catequistas y acompañantes espirituales habrá de ser, con niños y adolescentes, ayudarles a discernir qué valores de esta sociedad ambivalente son buen cimiento humano para el seguimiento incondicional de Jesucristo.

En el ámbito eclesial no se puede permanecer de espaldas a esta realidad juvenil, ignorándola; no se la puede condenar como si fuera del demonio ("¡todo es malo!"). Pero tampoco se puede permanecer indiferente sin hacer propuestas que interesen o cuestionen la existencia de los jóvenes. Es necesario proponer caminos serios que conduzcan a tomar decisiones firmes en la orientación de su futuro (estudios, trabajo, estado de vida, relaciones humanas...), donde quepa, de manera nítida, la propuesta vocacional.

III. EL DISCERNIMIENTO EVANGÉLICO DE LA REALIDAD

En esta situación tan compleja, brevemente apuntada, el educador cristiano (padre, catequista, sacerdote, religioso/a, director espiritual...) habrá de conocer la realidad e interpretarla.

¿Cómo educar a los niños y a los jóvenes de nuestras comunidades cristianas para que estén a la altura de los signos de los tiempos? ¿Cómo evangelizar, catequizar e insertar en la Iglesia a estos jóvenes para que ellos sean los futuros evangelizadores del siglo XXI? ¿Cómo trazar la líneas de la pastoral juvenil de modo que broten vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada? ¿Cómo poner buenos cimientos humanos y evangélicos para que los novios cristianos vayan al matrimonio viviendo éste como una verdadera vocación divina?

Los educadores hemos de conocer bien la realidad personal de cada joven y la realidad social que les envuelve, desde estudios hondos y científicos que nos capaciten adecuadamente para luego analizar esa realidad.

Al conocimiento sigue la interpretación. La ambivalencia y contradicción de nuestra cultura exige, con paciencia y finura, saber distinguir el trigo de la cizaña, pero sin cortar antes de la mies la espiga que grana. No es fácil esa lectura interpretativa de los signos de los tiempos, de las esperanzas y peligros.

Más todavía: aclarados los factores positivos, el discernimiento nos debe conducir a no aislar o absolutizar uno de ellos, sino a armonizarlos todos. Lo mismo haremos con los factores negativos: no se trata de condenarlos en bloque, sino que alguno de ellos, bien purificado, puede ser reconducido a su verdad plena.

Todo creyente, a la luz del evangelio, guiado por el Espíritu, abierto a los signos de los tiempos, debe interpretar la situación histórica que le toca vivir para ofrecer en su entorno principios evangélicos que vayan transformando esa realidad y se convierta en una realidad nueva, manifestación de la presencia del Reino de Dios en medio de los hombres.

El discernimiento evangélico, por tanto, "es la interpretación que nace a la luz y bajo la fuerza del Evangelio, del Evangelio vivo y personal que es Jesucristo, y con el don del Espíritu Santo. De ese modo, el discernimiento evangélico toma de la situación histórica y de sus vicisitudes y circunstancias no un simple 'dato', que hay que registrar con precisión y frente al cual se puede permanecer indiferentes o pasivos, sino un deber,

un reto a la libertad responsable, tanto de la persona individual como de la comunidad" (PDV 10).

El Dios de Jesucristo nos llama a todos los bautizados a este reto de transformar la realidad histórica que nos ha tocado vivir. Esta misma llamada nos hace estar muy atentos a los gozos y esperanzas, las angustias y los problemas de los hombres de nuestro tiempo, porque nada hay verdaderamente humano que pueda pasar desapercibido para un cristiano (cf. GS 1). Cualquier sufrimiento o desgarramiento del corazón humano, cualquier atisbo de luz y mirada esperanzadora, ha de acogerlo el cristiano. Dios nos habla en los pobres, Dios ha oído el clamor de su pueblo, ha visto la opresión de tantos hijos suyos. Al igual que llamó a Moisés en el desierto, con la zarza ardiendo, nos llama a nosotros a ser instrumentos de su amor en esa acción liberadora que saque a multitud de hermanos de la esclavitud de los "Egiptos" de hoy.

Es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda ella responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza (GS 4).

El Señor Jesús ha prometido estar siempre con nosotros hasta el fin de los tiempos. Su presencia garantiza que el discernimiento evangélico, guiado por el Espíritu, abrirá la mente y el corazón de muchos cristianos para una mayor obediencia al Padre, un seguimiento más radical de su persona, una escucha atenta a la Palabra. El Espíritu dará al creyente el don de la sabiduría que ilumina toda decisión y juzga lo que es bueno, grato y justo a los ojos de Dios.

Con esta luz, la Iglesia también va ofreciendo su discernimiento evangélico en las cuestiones más vitales y en los problemas más agudos del hombre de hoy y de la situación política, económica, geográfica y social que estamos viviendo.

Ese mismo discernimiento evangélico, lleno de criterios firmes y concretos, lo ofrece en diversos documentos a quienes la misma Iglesia ha llamado a la misión de ser formadores en seminarios o maestros de novicios/as en la vida religiosa. La certeza de la presencia de Jesucristo,

con su amor indefectible, con su fuerza y su luz, hace posible que esta tarea, tan llena de dificultades, se lleve adelante con fe y esperanza.

IV. EL DISCERNIMIENTO EN LA EXPERIENCIA CRISTIANA

Toda la existencia cristiana es una llamada a la plenitud. "Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto" (Mt 5,49). Es camino de santidad: "La vocación a la santidad hunde sus raíces en el bautismo y se pone de nuevo ante nuestros ojos en los demás sacramentos, principalmente la eucaristía. Revestidos de Jesucristo y saciados por su Espíritu, los cristianos son 'santos', y por eso quedan capacitados y comprometidos a manifestar la santidad de su ser en la santidad de todo su obrar" (ChL 16). La existencia cristiana es vital, dinámica, vivificadora porque está constantemente activada por el Espíritu Santo.

Las tres virtudes teologales —fe, esperanza y amor— constituyen la base esencial donde se manifiesta, crece y se realiza la existencia cristiana. El cristiano que profesa su fe (el Credo), que crece en la esperanza de la presencia del Reino de Dios en este mundo, y que se realiza en el amor que recibe gratis de Dios para darlo gratis a los demás, pasa de una existencia de las tinieblas a otra de la luz. "En otro tiempo erais tiniebla, pero ahora sois luz en el Señor. Portaos como hijos de la luz, cuyo fruto es la bondad, la rectitud y la verdad" (Ef 5,8-9). Este paso de la muerte del pecado a la vida nueva en Cristo ("Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios, en unión con Cristo Jesús", Rom 6,11) reclama al cristiano la participación plena en la construcción del cuerpo de Cristo, en la actividad evangelizadora, en el compromiso ciudadano, en la unidad eclesial.

La comunión eclesial se configura más precisamente como comunión "orgánica", análoga a la de un cuerpo vivo y operante. En efecto, está caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades. Gracias a esta diversidad y complementariedad, cada fiel laico se encuentra en relación con todo el cuerpo y le ofrece su propia aportación (ChL 20).

Incluso en nuestros días, no falta el florecimiento de diversos carismas entre los fieles cristianos laicos, hombre y mujeres (ChL 24).

El joven cristiano de hoy está bombardeado por multitud de ofertas que le dificultan centrar su existencia en Dios, amar a Jesucristo como su Señor, su único Señor, su único tesoro. "Yo soy un hombre acosado por apetitos desordenados y vendido al poder del pecado, y no acabo de comprender mi conducta, pues no hago lo que quiero, sino el mal que aborrezco" (Rom 7,14-15.19).

En esta tensión, descrita tan sencillamente por San Pablo, se debate nuestra existencia cristiana. Es necesario un continuo discernimiento entre el soplo del Espíritu, que nos ha dado el Padre y nos revela a Cristo, en la Iglesia, y los impulsos de los instintos y las potencias del mal. "Queridos míos, no deis crédito a cualquiera que pretenda poseer el Espíritu. Haced más bien un discernimiento para ver si viene de Dios, porque han irrumpido en el mundo muchos falsos profetas" (1 Jn 4,1).

No es fácil discernir qué viene de Dios y qué viene del Maligno, porque éste se disfraza de Espíritu de bien. Además, la vida interior del cristiano es compleja: ¿qué hay en ella del Espíritu de Dios, o del espíritu humano, o del espíritu del Maligno? "La distinción entre los hijos de Dios y los del diablo es ésta: quien no practica la justicia y quien no ama a su hermano no es de Dios" (1 Jn 3,10).

Aparentemente es fácil esta distinción, bien señalada en esta práctica de la justicia y del amor al hermano. Pero el espíritu del mal engaña con sutileza, porque se sirve del mismo camino que el Espíritu de Dios: el espíritu humano. Nuestras contradicciones, caídas, medias verdades o mediocridad subsisten aún después del bautismo. Estamos en continuo proceso de conversión. Es más, el propio Espíritu Santo nos puede conducir al desierto y permitir que el diablo nos tente para poner a prueba nuestra fe. También Jesús, después de ser bautizado en el Jordán, fue llevado por el Espíritu Santo al desierto, y, después de cuarenta días de ayuno, fue tentado (cf. Lc 4,1-13).

Esta experiencia de Jesús se repite en la vida del cristiano y conviene estar muy alerta para distinguir cuándo se nos pone a prueba para vencer la tentación y cuándo se nos engaña para caer en la autosuficiencia.

Dios nos ha regalado muchos bienes, talentos y cualidades. Cuando abusamos de ellos, cuando nos creemos poseedores de la verdad, el diablo nos lleva al precipicio de la alta torre del orgullo o del autoritarismo. Es el espíritu del mal que intenta separarnos del proyecto de Dios o, al menos, disminuir o frenar nuestra capacidad de hacer el bien y ponernos al

servicio de nuestros hermanos. Es preciso estar despiertos, vigilantes, atentos: "Revestíos de la armadura de Dios, para que podáis resistir las tentaciones del diablo" (Rom 6,11).

Porque nuestra lucha no es contra adversarios de carne y hueso, sino contra los principados, contra las potestades, contra los que dominan este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que tienen su morada en un mundo supraterráneo (Ef 6,12).

V. FASES DEL DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

1. *Condiciones previas*

Todo proceso de discernimiento vocacional exige que previamente se haya dado en la persona llamada un camino de personalización de la fe: conversión real al evangelio, encuentro gozoso y transformante con Jesucristo, andadura continuada de discípulo tras las huellas del Maestro, experiencia amorosa de ser hijo del Padre, inserción en la Iglesia a través de algún grupo, movimiento o parroquia y búsqueda sincera de la voluntad de Dios.

Desde estos presupuestos, el llamado le pregunta sinceramente a su Señor: "¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres que haga con mi vida?" La pregunta irá acompañada de momentos de luz y sombra, de deseos sinceros de respuesta y de miedos a lo que se pueda encontrar, de aceptación gozosa y de rebeldía interior.

2. *Proceso suave*

La llamada de Dios está ligada a todo el camino de madurez humana y cristiana que va consolidando la identidad del joven o del adulto que está en búsqueda de la voluntad de Dios. El Señor va mostrando signos de su plan salvífico para esa persona. La vocación va apareciendo poco a poco. Ese plan no le pertenece al individuo llamado, sino que viene de fuera, viene de Dios, que conoce mejor que nadie a cada criatura y sabe cuál es su puesto y su misión en la construcción del Reino.

Los instrumentos de los que se ha servido Dios para ir llamando son múltiples: identificación con un consagrado o un sacerdote, experiencia fuerte de oración, trabajo de voluntariado en favor de los marginados o enfermos, necesidad de servidores "liberados" en su Iglesia... Es preciso

en este instante discernir cuáles de esas motivaciones son reales, son de Dios, y cuáles son pura ilusión humana o proyección ideológica de uno mismo:

- ¿Cómo se está a la escucha de la Palabra de Dios?
- ¿Cómo se está atento a las necesidades de los más pobres y a los signos de los tiempos?
- ¿Cómo se está haciendo crecer las mejores cualidades y talentos?
- ¿Qué crecimiento se va mostrando en la humildad y en la sencillez?
- ¿Va siendo algo gozoso el ser pobre de espíritu?
- ¿Cómo se está viviendo la afectividad y la relación con padres, hermanos, amigos y amigas?

3. *Primera fase: discernir la experiencia espiritual*

En un joven que está siendo acompañado en su experiencia cristiana es necesario una primera fase de discernimiento en su dimensión espiritual que clarifique y objetive su madurez en este campo.

a) En la *dimensión humana* hemos de constatar cómo están sus relaciones familiares y de amigos, su equilibrio psíquico, su integración de la afectividad, su capacidad de ser libre y responsable, su constancia en las decisiones que toma, su desarrollo intelectual, el uso que hace de sus capacidades y valores.

b) En su *dimensión cristiana* hemos de revisar con él: cómo está su opción fundamental por el Señor, desde la obediencia a su Palabra, desde su participación en la eucaristía y en una vida de oración constante; cómo es su inserción en la vida eclesial: en su grupo o en su comunidad cristiana concreta, y cómo está siendo su testimonio cristiano en los ambientes donde se desenvuelve (familia, amigos, estudios, trabajo...) y su posible compromiso evangélico (catequista, monitor, voluntario...).

Dentro de su dimensión cristiana, en el *aspecto espiritual* se le va ayudando a consolidar su experiencia de Dios: un Dios que le ama incondicionalmente porque es un Padre amoroso, atento a este hijo, a cualquier hijo.

El discernimiento espiritual le conducirá a:

- Un proceso de conversión constante, donde Dios es quien siempre toma la iniciativa y donde la mirada está puesta en ser viva imagen de Jesucristo, amigo, maestro y Señor.

- Una escucha constante del Evangelio como buena noticia que salva y abre horizontes que ensanchan el corazón y le hacen más universal, gratuito y servicial.
- Una actitud humilde ante Dios y ante los demás, consciente de que todo procede de Dios y ha de ser gratis lo que ha recibido gratis.
- Una disponibilidad total a la voluntad del Padre, al modo de Jesús, alimentada por la Eucaristía lo más frecuente posible y la oración diaria, para llegar a decir "Sí" como Jesús y como María, a todo lo que Dios pida y haga.

La verificación de ese proceso de discernimiento en esta primera fase ha de conducir al joven o adulto a mostrar toda una serie de signos que indican indicios de vocación al final de esta primera fase.

4. *Signos que muestran indicios de vocación en esta fase inicial*

1. Apertura al absoluto de Dios: su grandeza, su cercanía y su amor. Experiencia de ser hijo amado por el Padre.
2. Seguimiento de Jesucristo como discípulo que se fía enteramente de su persona. Experiencia de ser hermano pequeño del Hermano mayor, que está al frente de la comunidad cristiana.
3. Gusto por la oración personal con constancia y superando los momentos de sequedad.
4. Desapego de las cosas materiales y capacidad de compartir el tiempo y los bienes con facilidad.
5. Búsqueda sincera de la voluntad de Dios, reconsiderando incluso sus estudios o su trabajo.
6. Amor apasionado por la Iglesia y sus pastores, desde una crítica constructiva y deseosa de colaborar con su crecimiento.
7. Docilidad en el acompañamiento espiritual como una de las mediaciones más valiosas para el discernimiento vocacional.
8. Valoración entrañable de todas las vocaciones de la Iglesia, abriéndose a lo que Dios pueda tener destinado para él.
9. Posibilidad de vivir la castidad por el Reino con radicalidad, como medio para entregarse, por amor, a Dios y a los hombres, sus hermanos.
10. Deseo sincero de vivir la pobreza.
11. Inclínación persistente de poner la vida al servicio de los más pobres y los que sufren.

12. Llamada a vivir en fraternidad, compartiendo la vida y no encerrándose en sí mismo.

5. *Segunda fase: discernir la experiencia vocacional*

Cuando en el joven o en el adulto vocacionado están aflorando algunos de los indicios antes señalados, se aborda la segunda fase del discernimiento: el planteamiento de la opción vocacional. La persona llamada ya está iniciado en la vida de oración. Desde ella va tomando conciencia de la actividad de Dios en su interior. Canta como María: "Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí" (Lc 1,49).

La fe la vive como un diálogo amoroso con el Padre, desde la certeza de sentirse amado, hasta el punto de ser consciente de las resonancias afectivas que le está produciendo ese diálogo. En el proceso de discernimiento del llamado hay una serie de criterios que confirman esa actitud de abandono completo en las manos de Dios:

- a) Quien ha tomado la iniciativa es Dios: él me ha amado primero.
- b) El amor de Dios me desborda, me sobrepasa, me atrae, me llama a la plenitud, aunque me asusta y quiero frenarle.
- c) Él me ha elegido, me ha llamado; tengo certeza de su fidelidad; me apoyo en su Palabra, pero sé que la decisión última es mía. ¿Me atreveré a decir "sí"?
- d) Exteriormente todo sigue igual en mi quehacer cotidiano y en mis relaciones humanas, pero en el interior un fuego me quema. Todo es diferente en lo hondo.
- e) Me doy cuenta de que es inútil pelear con Dios. Él sabe mejor que yo mismo lo que necesito y cuál es mi puesto en la Iglesia y en el mundo.
- f) Al contemplar repetidas veces, en la oración personal y en la escucha de la Palabra, las escenas bíblicas de la llamada voy comprendiendo la actitud clave de respuesta a Dios: la disponibilidad total al Padre.

Ésta es la actitud fundamental que ha de asumir la persona llamada: la disponibilidad total a lo que Dios quiera. Esta fue la actitud de Jesús en su relación con el Padre a lo largo de toda su vida: "Mi sustento es hacer la voluntad del que me ha enviado" (Jn 4,34); "el Hijo no puede hacer nada por su cuenta; él hace únicamente lo que ve hacer al Padre" (Jn 5,19); "porque yo he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado" (Jn 6,38).

Esta actitud es clave para buscar la voluntad de Dios, porque proporciona una libertad completa a quien se siente llamado: qué es lo que Dios quiere de él, cuál es su puesto en la Iglesia y en la sociedad, dónde sirve mejor a sus hermanos, los hombres, para qué misión lo ha elegido el Señor. Cuando la disponibilidad total está enraizada en lo profundo del vocacionado está abierto a cualquier posibilidad, camino, misión o vocación específica. Desde esa actitud se purifican motivaciones e intereses, intenciones y afectos, inclinaciones o tendencias. Sólo se quiere lo que Dios quiere. Desde el "sí" completo a la voluntad del Padre, no se busca lo que a uno le gusta o le apetece, lo que está de moda o parece más heroico, lo que se lleva o lo que desean otros, sino el proyecto de Dios para esa persona. Porque eso que Dios quiere es lo que más le plenifica y le llena, aunque le toque pasar por valles de tinieblas, senderos de cruz, huertos de los olivos o desprecio de la gente.

La oración constante, la eucaristía diaria y el acompañamiento espiritual son los medios más propicios para consolidar esta actitud de disponibilidad total. El desprendimiento de los bienes materiales (en especial, el uso del dinero), la austeridad en el tiempo de ver televisión y el cultivo de una afectividad casta y limpia, son otros medios valiosos en esta fase del discernimiento vocacional.

Es este momento cuando se le presenta al joven o al adulto vocacionado las diversas formas de existencia cristiana. Probablemente ya las conozca, e incluso sienta inclinación hacia una de ellas. Conviene presentarlas con más detalle, explicándole lo común de todas las vocaciones, por el bautismo (llamada a la santidad y servicio al Reino en el anuncio del Evangelio), y lo específico de cada vocación.

El testimonio de vida de los elegidos (matrimonio, vida consagrada, ministerio sacerdotal), su inicial identificación con una de esas formas de seguimiento de Cristo y la interiorización de las mociones del Espíritu irán marcando su itinerario vocacional.

Dios es sabio. Su sabiduría no tiene medida. Sabe emplear su mejor pedagogía en esta fase tan esencial del discernimiento vocacional. Normalmente lo hace proporcionando al vocacionado una experiencia prolongada de consolación: aumento de fe, esperanza y amor, gusto por la oración, alegría y gozo espontáneo, ganas de servir a los demás. Esto le garantiza la presencia íntima de Dios en su existencia, la grandeza de ser llamado, la certeza de estar en el buen camino.

Pero también se sirve Dios de momentos de desolación en el interior del llamado: insatisfacción en sus proyectos humanos (estudios o trabajo), insuficiencia de las relaciones humanas para colmar su afectividad, rebeldía ante tanta pasividad para atender a los pobres, dolor ante los pecados de la Iglesia...

Esa ~~lucha~~ interior, si se ha mantenido bien en la oración, la eucaristía y el acompañamiento vocacional son purificadores. Suele provocar una crisis de crecimiento: mayor entrega al Señor, mayor disponibilidad, mayor deseo de darlo todo. Es la antesala de la tercera fase: fase de elección.

6. *Tercera fase: la elección*

Quien ha ido viviendo ese proceso de identificación con Jesucristo, quien ha experimentado el inmenso amor del Padre, quien va constatando la fuerza del Espíritu, se atreve a decir "sí". "Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad". Los signos de consolación afloran entonces con evidencia, a su ser: amor, paz, alegría, paciencia, fortaleza, luz interior, docilidad, mansedumbre... Es el indicador de estar en el camino exacto: el que Dios quiere para él.

El joven llamado ha ido conociendo las distintas vocaciones eclesiales. Se ha ido identificando con una de ellas. Es el momento de la decisión. Como ya vive en disponibilidad total, el paso a dar nace de la confianza de saberse elegido y llamado, viviendo en el amor del Padre, integrado en la Iglesia, orientado por algún sacerdote u otra persona que haga de acompañante espiritual. Hay una serie de certezas que confirman la llamada. ~~Hay~~ una serie de signos que manifiestan lo correcto del camino.

Es cierto que, en última instancia, él está a solas con Dios, y que da el paso desde la fe. Pero no es menos cierto que esos apoyos externos y esas certezas de los signos de la llamada garantizan que no es un sueño ni un proyecto sin base.

7. *El primado de la indiferencia espiritual*

La indiferencia espiritual es el estado más propio de este momento tan crucial en el vocacionado. Lo mismo le da salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, aplauso que rechazo, con tal de ser fiel a aquel que le ha elegido, con tal de seguir su voluntad, con tal de respon-

der desde la entrega total de la vida a aquel que le ha amado desde el vientre de su madre.

El primer fruto de la fe es la experiencia gozosa del amor absoluto de Dios. En consecuencia, sólo Dios da sentido a la vida. Sólo Dios basta. Apoyado en esa experiencia, desde el deseo de dedicarse a la construcción del Reino de Dios, en la relación personal con Jesucristo, el proceso de todo discernimiento culmina en esta indiferencia espiritual. Es normal que a un joven le guste más la vida en pareja que ser célibe, el trabajo corriente que la dedicación total y para siempre al evangelio. Pero el que busca hacer el plan de Dios, desde ese desinterés afectivo, subordina su punto de vista a lo que Dios quiere de él.

La indiferencia espiritual, desde el primado absoluto del amor de Dios, se convierte en libertad de elección, en desprendimiento afectivo, en donación de la propia afectividad a aquel que lo llena todo. Es la fuente de libertad interior que le permite a uno entregarse en totalidad al Señor.

VI. ELEMENTOS QUE AYUDAN EN EL PROCESO DE DISCERNIR

1. *La constancia en la experiencia de Dios de la propia persona vocacionada*

El paso a la vida consagrada o al ministerio sacerdotal no se da después de unos ejercicios espirituales, un retiro, una pascua juvenil o una convivencia de "euforia" espiritual. No. Es un proceso que requiere tiempo, constancia, contraste y superación de oscuridades en su experiencia de Dios. En ese tiempo se habrán dado momentos de "consolación" y de "desolación", frescura y sequedad en la oración, resonancias afectivas en el sujeto, críticas de familiares y amigos, decepciones por parte de los ya consagrados o ejerciendo el ministerio.

La constancia en la experiencia de Dios —entrenamiento adecuado en medio del mundo antes del noviciado o del seminario— es un elemento clave para confirmar la certeza de la decisión que se quiere tomar.

2. *La participación en el grupo, movimiento, comunidad cristiana o parroquia donde ha brotado su crecimiento en la fe y su vocación*

El ámbito comunitario, donde comunica y contrasta sus vivencias, donde se deja corregir fraternamente y donde aporta todo su compromiso cristiano, es otro elemento esencial en el proceso de discernimiento.

Ese compartir le purifica de todo "idealismo falso", le inserta más de lleno en la Iglesia, le hace tomar tierra en el servicio que el día de mañana prestará a la comunidad cristiana, le ayuda a vivir la afectividad en clave de gratuidad, donación de sí mismo, como anticipo del celibato o castidad que vivirá en el futuro.

3. *El acompañamiento o dirección espiritual*

Esa misión de suscitar, sugerir, sostener, estimular, contrastar, corregir, que hace el director espiritual con el acompañado, le ayuda a éste a integrar en su crecimiento todas las dimensiones de su persona de manera correcta y concreta: corporal, intelectual, afectiva, relacional, ciudadana, religiosa...

El camino del discernimiento va aterrizando en lo concreto del día a día, uniendo lo antropológico y lo espiritual, trazando el proyecto de vida anual según la madurez humana y la hondura cristiana del acompañado.

4. *La formación cristiana*

En un momento de Iglesia donde tantos jóvenes y adultos que participan en nuestras habituales actividades proceden de ambientes descristianizados, no se puede dar por sentada una formación cristiana básica. Al contrario, son muchos los jóvenes que acuden a seminarios y noviciados con muy escasos datos teológicos.

El proceso vocacional no puede estar basado sólo en experiencias espirituales, en vivencias grupales o comunitarias, en participación en voluntariados o en actitudes marcadamente vocacionales. No. En la medida de lo posible (no siempre lo es), habrá de proporcionarse al vocacionado una formación cristiana básica: la esencia del credo, la Iglesia, los sacramentos, la moral cristiana, el sentido de la vocación, el recorrido por las vocaciones bíblicas, la identidad del ministerio sacerdotal y/o de la vida consagrada.

Es bueno y deseable también una iniciación en la *lectio divina*, en el conocimiento de la Biblia, en la oración o espiritualidad cristiana.

5. *Los ejercicios espirituales*

Nada es imprescindible para un discernimiento vocacional. Tampoco los ejercicios espirituales. Pero no cabe la menor duda —la historia de la espiritualidad cristiana nos lo demuestra— que los ejercicios espirituales son un elemento valiosísimo para el discernimiento de las mociones interiores espirituales.

Hay etapas en la vida en que uno necesita pararse en seco, ponerse a solas consigo mismo y con Dios, desde la orientación y el acompañamiento de un director de ejercicios que ayude a profundizar en el silencio y en la oración, en la escucha de la Palabra, en la capacidad de discernir qué es de uno y qué no es de Dios.

VII. EL DISCERNIMIENTO VOCACIONAL EN EL PROCESO FORMATIVO DE UN SEMINARIO DIOCESANO

"El Seminario es una comunidad eclesial educativa", cuyo fin específico es "el acompañamiento vocacional de los futuros sacerdotes, y por tanto el discernimiento vocacional" (PDV 61). "La finalidad de éste es descubrir la voluntad de Dios con respecto a la vocación del candidato" (PFS 223).

Será tarea del rector y del equipo de formadores comprobar cómo el aspirante al sacerdocio posee las aptitudes humanas, intelectuales, morales y espirituales adecuadas para verificar en qué medida ha asumido los distintos aspectos de la formación. A la vez será necesario discernir su recta intención y la voluntad libre de dedicarse por vida al ministerio presbiteral (cf. PFS 223).

El discernimiento vocacional es un doble proceso que ha de confluir en una misma luz y una misma decisión. Por un lado, es tarea del candidato a órdenes; por otro lado, es responsabilidad de la Iglesia, y, en última instancia, del Obispo, que da el juicio de idoneidad definitivo.

1. *Discernimiento por parte del seminarista*

Por parte del seminarista, exige una reflexión personal honda, constante, prolongada y contrastada, examinando las motivaciones reales por las que se inclina al ministerio sacerdotal. Confirmará así su rectitud de intención, su voluntad de hacerlo libremente y su sinceridad en la evaluación de sus propias aptitudes para ejercer este ministerio.

Desde este discernimiento sincero irá esclareciendo su idoneidad a esta vocación o el descubrimiento de otra misión eclesial. En caso positivo, según va avanzando en su proceso formativo global, pasará de la opción inicial del curso introductorio a la resolución firme y decidida de ser presbítero. Este proceso de discernimiento vocacional no le libra de momentos concretos de duda o incertidumbre, de miedo o cobardía, de conciencia de indignidad o incompetencia.

El diálogo constante con el formador, la dirección espiritual sincera y detallada, la revisión comunitaria, la oración personal y litúrgica serán los medios más favorables que ayuden, en este discernimiento vocacional, al seminarista.

2. *Discernimiento por parte de la Iglesia*

El rector y el equipo de formadores, como delegados del Obispo en esta misión de acompañar a cuantos el Señor llama a ser sus ministros en el sacerdocio, guiados por el Espíritu de Jesús, mantienen con cada seminarista una relación estrecha, cercana y personalizada, que permita valorar con efectividad la idoneidad para el futuro sacerdocio. Ese juicio valorativo se hará a la luz de lo que la Iglesia considera indispensable para ser sacerdote.

Hay, por tanto, una referencia objetiva constante, válida tanto para el seminarista como para el rector y los formadores: los documentos de la Iglesia. Esa objetividad adquiere explicación en el continuo diálogo del seminarista con los formadores.

El retraso, la distancia o la excusa en el diálogo, la falta de transparencia, el doble lenguaje, el ocultamiento de algunos hechos personales, la superficialidad en la reflexión de su situación personal son signos elocuentes de sus dificultades o bloqueos en el discernimiento vocacional.

Por el contrario, hay criterios fundamentales, objetivos y concretos, que muestran claramente la validez del discernimiento en cada seminarista:

a) La integración personal, en unidad de vida, de las distintas dimensiones de la formación (humana, intelectual, espiritual, pastoral y comunitaria), respetando sus limitaciones y potenciando sus cualidades.

b) La capacidad de flexibilidad del seminarista a cada situación social y eclesial, adaptándose a lo que la Iglesia le pide en cada momento y poniendo sus expectativas vitales no en los logros personales, sino en las exigencias de la entrega ministerial en las circunstancias que hoy nos toca vivir.

c) La aceptación gozosa de la realidad eclesial y social en la diócesis donde va a ejercer su ministerio y la disponibilidad total a las distintas misiones que le encomienden.

d) La disponibilidad también para el servicio a la Iglesia universal, especialmente en las diócesis más necesitadas del clero en el Tercer Mundo.

e) El amor humilde pero valiente y sin límites al ministerio, concebido no como mando o como honor, sino como servicio abnegado y gozoso al evangelio, a los hombres y, en especial, a los pobres.

La experiencia como formador me va demostrando que la duda que se prolonga durante años sobre la idoneidad de un candidato es criterio suficiente para indicar a esa persona que busque otro lugar en la Iglesia. En el equipo de formadores hay el peligro de dejar avanzar, por pura inercia o por falsa esperanza de superación de las limitaciones humanas, a una persona que arrastra "duda crónica".

A la hora del discernimiento vocacional al sacerdocio, tanto en la primera selección de los candidatos para el ingreso al seminario como en los pasos claves del iter formativo (Rito de admisión a órdenes y ministerios del lector y acólito), "debe procederse con firmeza, aunque haya que lamentar la falta de vocaciones. No basta la ausencia de razones negativas; se requieren signos vocacionales positivos que avalen y recomienden el avance hacia las órdenes" (PFS 229).

3. *Discernimiento por parte de los compañeros de comunidad*

El seminario está llamado a ser una comunidad estructurada por una profunda amistad y caridad, como una verdadera familia que vive en alegría, donde se vive no de forma superficial o como simple lugar de habitación, sino de forma estrecha, íntima y profunda (cf. PDV 61): una

comunidad que revive la experiencia del grupo de los Doce unidos a Jesús, donde se práctica la corrección fraterna, la corresponsabilidad en el proceso formativo de los compañeros, la comunicación honda, sincera y evangélica de la propia vida a los otros seminaristas.

La integración en la vida comunitaria, la relación con sus compañeros, la revisión frecuente de la comunidad son otros elementos que ayudan a discernir cómo le perciben a un seminarista concreto sus compañeros. Pero, además, se habrá "de tener en cuenta el juicio de los seminaristas, compañeros de comunidad". De una manera prudente, discreta y personal, es bueno recabar ese parecer de los compañeros de curso, donde se puede ver más a las claras la idoneidad del candidato.

La vida comunitaria, ciertamente, es buen elemento discernidor, porque en las relaciones humanas suele brotar lo más auténtico de cada persona. En este aspecto la Iglesia es muy clara: "Aquel seminarista que no presente las aptitudes necesarias para la vida comunitaria ofrece serias dudas para su admisión a las Sagradas Órdenes" (cf PFS 155).

VIII. CONCLUSIÓN

"Discernir" es un acto propio del hombre espiritual que acoge la voluntad de Dios: "No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaos, renovad vuestro interior, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto" (Rom 12,2).

Es un acto que dura toda la vida. Toda la vida es vocación: respuesta a la llamada de Dios. Respuesta a lo bueno y lo perfecto según el plan de Dios para cada ser humano: "Así pues, yo, el prisionero por amor al Señor, os ruego que os comportéis como corresponde a la vocación con que habéis sido llamados" (Ef 4,1).

Hay etapas en el crecimiento espiritual donde este acto es más intenso porque Dios va conduciendo a la persona elegida a una vocación concreta: matrimonial o de especial consagración.

Será tarea del catequista, el sacerdote, el director espiritual, el formador de un seminario o la maestra de novicias ayudar, en esta etapa de elección, a la persona llamada. El "hermano mayor" es instrumento de Dios para el elegido, acompañándolo en esa fase para que él pueda descu-

brir la acción del Señor sobre su vida y poder así responder con libertad y responsabilidad.

Tarea hermosa, arriesgada, de constante aprendizaje, que recae sobre el formador o el acompañante como un reto permanente en su propio crecimiento espiritual.

Tarea que pertenece a toda la Iglesia, aunque algunos hayamos sido llamados de una manera más explícita a esta misión. Tarea que ha de venir respaldada por todos los agentes de la evangelización: catequistas, profesores cristianos, padres, sacerdotes, religiosos/as, educadores en la fe. Porque "en la medida que un agente de pastoral o un educador cristiano esté preparado para hacer el discernimiento, la pastoral ordinaria será cada vez más pastoral vocacional" (Amedeo Cencini).